

Apuntes para una cultura martirial

Juan Rosado Calderón

Estudiante de doctorado en Filosofía (Universidad Pontificia Comillas)

Email: jrosado@comillas.edu

DOI: 10.14422/ryf.vol286.i1458.y2022.005

Recibido: 06 de abril de 2022

Aceptado: 10 de junio de 2022

RESUMEN: La edificación de una nueva cultura es un desafío ineludible para los cristianos en el momento histórico actual. Pero en fidelidad a la tradición espiritual, una tarea así tendrá que empezar en las fuentes mismas del ser cristiano, como una acción derivada del culto que haga crecer a la persona. Como una exigencia para la juventud cristiana, en este escrito sondearemos los rasgos de esa cultura concebida como una presencia comunitaria novedosa, como una iniciación al misterio, como un modo singular de estar y de pensar, y, por tanto, de comunicar martirialmente la verdad cristiana.

PALABRAS CLAVE: cultura; culto; comunión; persona; éxtasis; misterio; martirio.

Notes for a martyrial culture

ABSTRACT: The building of a new culture is an inescapable challenge for Christians in the present historical moment. But in fidelity to the spiritual tradition, such a task will have to begin at the very sources of being Christian, as an action derived from the cult that makes the person grow. As a requirement for Christian youth, in this article I will explore the features of this culture conceived as a new community presence, as an initiation to the mystery, as a unique way of being and thinking, and, therefore, of communicating the Christian truth in a martyrial way.

KEYWORDS: culture; cult; communion; person; ecstasy; mystery; martyrdom.

1. La cultura cristiana procede del culto

Un gran hombre de cultura como fue Pavel Florenski nos recordó que para los cristianos ‘cultura’ no se deriva de ‘cultivo’ sino de ‘culto’¹: el hacer humano es cultocéntrico, y la orientación –la fe– desde la que se estructuran las formas de la vida se pone de manifiesto en virtud del tipo de relación que guarde con el culto. El culto es el tamiz por el que descubrir en cada acción humana su tesoro o su pérdida. Se trata de la misma convicción de un padre eclesial como Ireneo de Lyon, para quien el pensamiento cristiano concuerda con la eucaristía y la eucaristía confirma al pensamiento (*Adv. Haer.* IV, 18, 5). Ahora, un desafío actual para los cristianos será lograr tal concordancia entre el pensamiento y la vida, pues hay la sospecha de que a menudo ambos se desmienten mutuamente en el corazón del creyente, relegando su ser cultural a una parcela, a veces de su cosmovisión abstracta, a veces de una forma de vida que de hecho resulta precristiana.

Que el hombre es cultural significa que está llamado a revelar, a tra-

vés de su obra, la unidad de cielo y tierra. Pero esto puede hacerlo de múltiples modos, pudiendo incluso echar su tesoro a la primera zahúrda que se le insinúe, y en ello le va el riesgo de la propia vida. La vida del hombre está llamada a realizarse en un *éxtasis cotidiano*, viviendo desde lo que cae fuera de sus propias fronteras. Pero rara vez cumple este éxtasis en el ágape, y presta su salida de sí mismo a sucedáneos como la fuerza social, la estética, el legalismo, el naturalismo o –particularmente entre los cristianos, cosa rara– una mística amorfa. Busca así su perfil y su sustento no en el misterio agáptico de la persona, ni en el nombre que recibió en su bautismo, sino en refinadas formas de enmascaramiento.

¿Pueden los cristianos ofrecer hoy una forma cultural como un modo de estar que libere a la persona de dichas fuerzas de enmascaramiento? Para responder, conviene recordar las dos direcciones que constituyen el culto cristiano, una trascendencia en vertical y otra en horizontal que se entrecruzan formando una unidad. En vertical, como unión de los dos mundos, revelación de la luz en la carne; en horizontal, como comunión de los hermanos. Por eso, en un momento idéntico, “si nos amamos unos

¹ Véanse sus ensayos traducidos al italiano: P. FLORENSKI, *Filosofía del culto*, San Paolo, 2016.

a otros, Dios permanece en nosotros" (1 Jn 4, 12).

Es por ello por lo que urge recuperar el núcleo comunitario en la creación de cultura, en su sentido más fuerte. Un núcleo comunitario cuyo dinamismo relacional salve al deseo cotidiano de vivir fuera de sí mismo. Sin la unión efectiva de dos o más en el Nombre, que supone un nuevo nacimiento, irreductible a un mero propósito de acción conjunta, ¿cómo podría Cristo asumir la carne de la cultura presente? Los cristianos tendrán que vigilar para que no se les ampute ninguna de las dos direcciones de la trascendencia, sea en un espiritualismo claustrofóbico, sea en un humanitarismo incapaz de revelar al mundo superior. ¿Acaso la comunidad cristiana no resolvería de un plumazo estas dos insuficiencias, como irrupción de una vida que el mundo, tampoco hoy, ha conocido?

Pero no podemos ser ingenuos: la comunidad cristiana hoy perdura como nostalgia y como tarea pendiente, hasta el punto de resultarnos extraños los testimonios de san Pablo ("dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir", [Fil. 2,2]), de san Ignacio de Antioquía ("cada uno de vosotros sea un coro para que, armoniosos en la concordia, aco-

giendo la melodía de Dios, cantéis con una única voz", [Ef. IV, 2]), o de san Basilio ("el mar es hermoso y le atrae a Dios los elogios; pero cuánto más hermosa es esta asamblea, en la cual el rumor mezclado con las voces es semejante a las olas que chocan contra la playa: todos como una sola voz" [Hex. IV, 7]).

Los frutos de una belleza comunitaria así pueden alumbrar una cultura nueva, si la génesis de esa cultura resulta ser la misma que la génesis de la persona salvada por la comunión cristiana. Frente a la contigüidad de individuos autónomos, aislables, el mundo tiene todavía sed de que se le manifieste una verdad como membresía, en la forma de ser miembro de algo trascendente; tiene sed de un tipo muy específico de familiaridad capaz de sofocar las violencias internas y externas. Por eso, un cristianismo creativo y luminoso en el futuro deberá concebir el sentido comunitario como algo mucho más radical que una forma de convivencia o de fraternidad. Zarza ardiente inextinguible en medio de la ciudad, la cultura de los cristianos explicitará el momento en el que la persona vuelve a nacer. De ahí la exigencia de realidades comunales muy concretas en las que se transparente el misterio del amor, el misterio del Dios

Trinidad –sin abstracciones, sino como un hecho palpable y fecundo–. Núcleos en los que la persona nazca de lo alto, en la medida en que se le ofrezca la verdad de su persona custodiada y vivificada por otros. Cuando un hombre de nuestros días entre en un dinamismo que suponga un corte respecto de la inercia del mundo, en una modalidad distinta, sagrada, pero que al mismo tiempo reconozca como familiar, entonces sobre ese hombre estará descendiendo el Espíritu vivificante que le hará respirar en los hermanos. Liberado de sí mismo, reconocerá que el misterio de cada uno es dado a luz por el misterio de cada hermano, últimamente por Aquel en cuyo libro está inscrito el secreto de cada nombre (Ap. 4-5).

Participando de una realidad concreta que revele el ser comunal de Dios, se comprenderá que el Salvador está en la comunidad², así que Cristo no podrá presentarse al mundo sin el material singularmente preparado por los cris-

² DIONISIO AREOPAGITA, *La jerarquía eclesialística*, 3: “Depositados sobre el altar los venerables símbolos a través de los cuales Cristo es significado y participado, inmediatamente se hace presente la asamblea de los santos, mostrando su conjunción inseparable de la santa y sobrenatural unión con él”.

tianos. La cultura aparece, pues, como prolongación del Cuerpo místico, y –entonces sí– adquiere el sentido de hacer crecer la tierra en la que uno habita.

2. La cultura cristiana es comunicación cristiana

El cristiano que crea cultura da una carne singular para hacer presente el misterio del Nombre divino. Si no ofrece una especial disposición de los elementos de su realidad, para que también de modo singular, nuevo, emerja el rostro del Salvador, entonces la encarnación queda puesta entre paréntesis. Puede realizar una traza de minio en la pared de una catacumba, o reunir las teselas de un mosaico, o preparar los colores sobre la madera de un icono o sobre un lienzo moderno –se revelará una única imagen, pero justamente en la novedad de lo múltiple–. Ahora, es claro que no todo tipo cultural se presta con igual fuerza para transparentar el misterio cristiano. Y esto es algo que los cristianos a veces descuidamos, con la manía de hacerse presente de modo inmediato o mediante cualquier ingenio.

Siendo el ‘contenido’ de lo anunciado por los cristianos esencialmente comunidad, la ‘forma’ de

anunciarlo también es comunidad. La comunicación cultural es una derivada del donarse recíproco, implicando el hacerse cargo los unos de los otros en su ser irrepetible. Esto supone una especial atención al lugar y al modo en los que el cristiano quiere testimoniar con la cultura. Aquí es aplicable el *mutuo acostumbrarse* con el que san Ireneo se refería al misterio de la Encarnación. Es exigible un mutuo acostumbrarse de lo divino y lo humano, también para las formas culturales escogidas y su realidad testimoniada. Dios no se muestra sin el hombre, pero una mostración así no condena a la inmanencia humana, porque revela lo humano y su cultura transformados en unión con lo divino. “Si me dices: ‘muéstrame a tu Dios’, yo te replicaría: ‘muéstrame tú a tu hombre, y yo te mostraré a mi Dios’”, decía Teófilo de Antioquía. Creo que es una norma genial para la generación de cultura cristiana. ¿Por qué los proyectos culturales cristianos no siempre parten de ahí, obstinándose en separar lo divino y lo humano, o relegando uno a otro, o saltando de uno a otro?

El cristiano puede optar por la vía de la familiaridad, desde el momento en que aquello que testimonia es la unión familiar entre el mundo de Dios y el mundo del

hombre. El servicio cultural del cristiano enseña a leer lo que el no-cristiano se trae entre manos (Hech. 8), descubriendo una profecía del Reino tanto en lo bueno como en lo que alcanza las peores cotas del nihilismo. La cultura recibe su bautismo cuando llega a reconocerse a sí misma transformada en el anuncio eclesial. El mundo está místicamente en la Iglesia; pero está en la Iglesia liberado de sí mismo, viendo su propio espacio cultivado por otros y reconociendo la comunicación de Dios en todo aquello que creía de su propia cosecha. La cultura será en el cristiano como el paño de Verónica: cubriendo al hombre contemporáneo, éste se redescubrirá en las manos del cristiano con el semblante de Cristo, participando y concordando con Él, sea en la desfiguración, sea en la belleza aparente. Si el gesto cultural cristiano llega a ser eucarístico, comunicará el don de la propia vida impresa en el ser de Cristo. La cultura se descubre así lugar de manifestación de la ‘verdadera imagen no hecha por mano del hombre’.

La cultura es un tejido abierto y dinámico de relaciones personales. Pero esto puede entenderse en abstracto, como mera organización de estructuras y valores que compartimos. Para el cristiano, en

cambio, es el máximo de concreción en cuanto misterio del nacimiento de la persona. Se nace en una cultura; al nacer 'de lo alto', también la cultura desciende del cielo (Ap. 21). La cultura es comunicación personal; si es cristiana, la comunicación no es periférica, sino pertenencia interior de los unos a los otros, también más allá de las separaciones de la historia. Y bien, una red cultural así ¿no tiene acaso vocación de incorporar todo lo que sea atribuible al Salvador, como revelación histórica de su Persona? La cultura aparece así ante el cristiano asumida por Cristo como el diálogo que acontece entre Él y el Padre. Es en este sentido en que una cultura cristiana, pasada o futura, está llamada a ser *verdad*.

3. La cultura cristiana es mistagogía

He repetido el término *misterio*. Es que la cultura induce de facto a un modo u otro de acercarse a los misterios (de la persona, del mundo, de Dios, de la Iglesia). A favor o en contra, no hay en las formas culturales indiferencia o neutralidad hacia el misterio. Estamos ya abriendo el misterio en un modo específico, lo sepamos o no, y en ello corremos el riesgo de perdernos a nosotros mismos

si dicha apertura cobra una forma violenta, invasiva, posesiva o mediatizada por artificios que estrangulan a la realidad del misterio. Ascéticamente, ya es frecuente la denuncia de la cultura del ruido, de la inmediatez, de lo feo y grosero; pero rara vez se detecta la impotencia contemporánea para entablar una relación viva, original, con los misterios de la creación divina y de la creación humana. Y la poca finura hacia el misterio se traduce en falsos realismos, casi siempre mercantiles, que resultan devastadores.

La crisis mistagógica de la cultura cristiana también se pone de manifiesto en cómo los cristianos ejercemos el pensamiento. ¿Tenemos hoy los cristianos la experiencia vibrante del pensamiento como aprendizaje en el misterio? La asociación que los cristianos solemos hacer de lo teórico, teológico y filosófico, con 'abstracto', puede ser tan sintomática como la dificultad de profesores y estudiantes cristianos para concebir el estudio como arte espiritual, ascética compartida. En unos y otros domina una lógica de la descripción sectorial, reduciendo la sabiduría a un espíritu de análisis histórico y espiritual, cuando no de reivindicación. La unidad del saber es despojada de los múltiples ojos del único Rostro, y

aunque se multipliquen cada vez más los horizontes de comprensión, terminan convirtiéndose en círculos aislables cuyo contacto –sólo tangencial– se encarga a equipos de trabajo. También por eso se percibe –lo percibimos, con el dolor de lo que de hecho está en nosotros– un cierto analfabetismo simbólico. Si faltan fuerzas para crear símbolos, también falta la sensibilidad para leerlos, interesando más bien lo que las cosas significan en vez de *cómo* significan. ¿Cuántos cristianos expresaríamos hoy lo que vivimos en términos de participación en la Luz? Pues “quien ama a su hermano, permanece en la luz” (1 Jn. 2,10). Una luz realísima, superior a la propia conciencia, que invita a comulgar con otros mundos.

El desafío para una cultura cristiana futura pasará por educar al misterio, enseñando a abolir las propias intenciones o las prisas en el camino cristiano (en tal sentido tenemos en san Juan de la Cruz un mistagogo predilecto). Educar al misterio, educar para que el espíritu se abra a la revelación, alumbrar en el alma fragmentada una realidad trascendente pero que se muestra humilde y que ensalza a quien se le aproxima, confiándose a sus manos, como tesoro en barro, para que lo reduplique. Algo así exige una lógica capaz de vis-

lumbrar en cada realidad una alteridad implicada pero no agotada, capaz de ver ‘lo uno en lo otro’, capaz, en fin, de *metanoia*.

Pero la transmisión de una lógica del misterio es personal, directa, testimonial. No hay iniciación mistagógica sin familiaridad, desde el momento en que el misterio de lo existente es la familiaridad sagrada. Lo cual influye decididamente en el modo de conocer, igual que en el modo de tener o de heredar cualidades, patrones de convivencia, referentes, etc. La raíz del saber cristiano en nuestra cultura, ¿es testimonial o sigue más bien un criterio de autonomía? Si los cristianos vuelven a ser vanguardia intelectual, será en forma eucarística, en forma de don y de recepción del saber compartido, en forma sacrificial también, pero siempre con una transmisión del saber de voz a voz, de cara a cara. Por ello, si urge la presencia en ciudades de realidades comunionales concretas, éstas habrán de ser sapienciales. Sin temor a desmarcarse de estructuras ya consolidadas, la creatividad cristiana necesita centros de sabiduría cuya innovación parta del hecho tangible –a través de sus miembros– de un modo de vida liberado de la muerte. A menudo centros semejantes tienen su razón en querer responder a los desafíos del mun-

do contemporáneo; pero ello, siendo justo, puede volverse contra los propios cristianos a causa de una reproducción abstracta, ficticia, de su relación con tales desafíos. Es que estos desafíos del siglo están ya en el corazón del cristiano, que trae consigo las cuestiones del tiempo del que ya es hijo. Ahora, en el cristiano que realmente vuelve a nacer, con su renacimiento ya está caminando el doble de millas de las exigidas por tales desafíos. ¿Ofrecen los cristianos espacios, casas eclesiales, donde las contradicciones del presente –también en la esfera intelectual– se vean superadas con el gusto sapiencial, precisamente por su relación con el misterio?

Sobre esto, quisiera apuntar alguna cosa que nos atañe a la juventud. Si hay una orfandad espiritual e intelectual que puede ser respondida con la transmisión directa del saber cristiano, de tú a tú y no con esquematismos, hay también la necesidad de socorrer la relación con la herencia cristiana. La comunidad cristiana puede ofrecer al joven, como primer paso en el camino mistagógico, un rejuvenecimiento a través de la cultura heredada de los siglos pasados.

El primer ejercicio espiritual puede ser el aprendizaje en las letras que sean fuente de sentido. Ello

evitaría una recepción ingenua del misterio cristiano, que tuviera en su mano respuestas no habiendo planteado suficientemente las preguntas, y evitaría también la imposición forzosa del misterio cuando esas preguntas comienzan a aflorar. Me temo que hoy preferimos las respuestas técnicas para ordenarse en la vida antes que saber vivir de contradicciones, detrás de las cuales late el misterio. La única técnica de lo humano admisible es la que apunta hacia abajo, hacia la resistencia para no caer; pero la mistagogía apunta hacia arriba, donde cualquier técnica queda abolida. Me temo también que el acercamiento a lecturas que puedan despertar al joven normalmente son desordenadas, perdiendo tiempo y fuerzas.

También está por descubrir un sentido de hermandad histórica, donde la historia no resulte un fardo o una barahúnda de accidentes, sino el lugar del que recoger los frutos dejados por los hermanos que han precedido en el camino y con los que los jóvenes tienen que aprender a “hablar”. ¿No será quizá, en estos momentos, el misterio de la historia el primer misterio por el que las generaciones nuevas podrían empezar a conocer en la fe?

4. La cultura cristiana es martirial

Acercándonos a un camino simbólico, podemos abrir todo un mundo de sentido a través de imágenes concretas. Hemos evocado con la imagen de Verónica una forma de comprender la creación cristiana de cultura y el bautismo de las formas culturales ya existentes. Invito ahora a leer el desafío cultural a través de la *Etimasía*, la preparación del trono –trono que es cruz perlada– en vista del retorno de Cristo. De esta imagen se pueden sacar conclusiones para el modo cristiano de estar tanto en la cultura como en toda la existencia.

El ritmo de la misión cristiana es el de un peregrinaje invertido hasta el mundo de Dios; un peregrinaje contracorriente y hacia abajo, hacia las oscuridades en las que todavía la luz habrá de brillar. He ahí la evangelización. En sentido antropológico-existencial, se olvida a menudo que el cristiano camina entre dos Venidas, cuyo espacio supera a través de las venidas particulares y sobre todo a través del sacramento. Esto se traduce en un servicio que es martirial, acompañado de un *tono* específico como libertad de sí mismo, gratuidad sin condiciones y desinterés por los frutos de la propia obra. Cuando el cristiano nace de lo alto, no

persigue nada que no tenga ya, no se deja encantar por promesas de encontrar el Reino aquí o allá (Mt. 24, 23), *no tiende hacia nada*. Se ha descubierto dentro de Cristo; ahora su obra será que –sin saberlo– Cristo crezca dentro de él.

Su nacimiento le pone ante un campo vacío, aún por fecundar, que es la vida de los hermanos, y él mismo es sacado de sí para que se hunda y se pierda en ese campo dando su vida a cuantos todavía andan esclavos por miedo a la muerte (Hb. 2, 15). Hundándose en el fango, pero tendiendo hacia los cielos, dice Guillermo de Saint-Thierry. Lo único que contempla delante de él es el trono de la espera; con su forma de cruz, le recordará que ninguna obra suya tendrá validez si no tiene la forma misma de la cruz, y recogiendo las simientes de la cruz presentes en otros, las descubrirá como cruces de oro, luminosas, concordantes con la cruz de la última Venida.

La *Etimasía* invita a concebir la creación cultural nada más que como una preparación, a fin de que la revelación sea posible. Pero tal preparación está encargada a la comunidad. Esto lo tiene presente en su mente el cristiano que pronuncia una palabra cultural. Tanto el vacío del trono como su cruz le liberan de pretender encajarse en alguna manifestación humana

agotable en sí misma. Las obras culturales llegan a manifestar algo trascendente solo en cuanto son referidas al horizonte de la espera en el trono vacío. Atender ese vacío y atravesarlo en la creación cultural significa cerrar el paso a la idolatría. Orientada hacia un vacío, cuyo signo es la *espera*, la creación cultural es liberada del riesgo de la inmediatez, del riesgo de querer detenerse ante un objeto cultural que se insinúe como autoafirmativo. Una orientación así rompe con el ánimo inercial que quisiera mantenerse y consolidarse en un mundo cultural concreto. La creación cultural exige su apofatismo. Porque su negación significa poder estar constantemente abierto a la palabra y al ofrecimiento dados por el Señor de la cultura. El idólatra en cambio es terriblemente solitario, su cultura es solo una prolongación de sí mismo. Quien es capaz de crear hacia la Etimasia, reconoce en ella a toda la realidad ofreciéndosele humildemente para que la acoja y le imprima su sello personal, que no es sólo suyo, sino comunitario –*crea en lo que se le ofrece a partir de lo que le ha sido transmitido*–.

Ahora, el carácter preparatorio del acto cultural, si es profético, se reconoce por hacer visible la reconciliación, “como en el cielo, así en la tierra”. El cristiano ve esa recon-

ciliación detrás de las rupturas del mundo y de la historia, y mirando de cerca a esa promesa, la anuncia con sencillez y audacia culturales a quienes han sufrido las rupturas, pero sin falsos puentes. Porque el anuncio de la reconciliación final es martirial. Los cristianos que realmente han renacido, con su sola presencia nos ofrecen la sanación de las rupturas mediante una fuerza superior que para ellos se está dando de hecho, y que nosotros podemos acoger o no. Si el cristiano es un ciudadano del Reino, su cultura tendrá que invitar a confiar en que nada humano, si ha sido verdadero, queda perdido.

Este recuerdo de lo que viene, que es una presencia real, aquí y ahora, de lo que se espera, supone asimismo una libertad en cuanto al tiempo. El cristiano tiene tiempo, porque ese tiempo no acaba en lo histórico. No se dejará embaucar por ninguna inmediatez temporal, sea como prisa o sea como nostalgia. La relación libre con el tiempo ayuda a ponerse en perspectiva en el momento de la creación cultural. Si ya debería suponer una amplitud de miras imaginar que se está trabajando para un tiempo histórico mucho más extenso que el alcanzable por las propias fuerzas, todavía más debería aumentar la perspectiva imaginarse creando como preparación y edu-

cación para el mundo futuro, más allá de la historia. Esto da paciencia, liberando de la posesividad en la que la propia misión cultural podría degenerar.

Y esta liberación de las pretensiones de inmediatez también implica para el cristiano asumir el riesgo en su creación cultural. El Señor de la cultura es el Señor del riesgo; despreocupado ante la fórmula más potente para la realización de su ideal o ante el convencionalismo de las formas, siembra incluso en surcos que jamás darán fruto cultural alguno. Por eso la cultura cristiana, sin desaprovechar las oportunidades de visibilidad, y desbordante del contenido que comunica, no se preocupa de la completitud de su

obra, ni de su recepción. Quizá eso invita al mismo tiempo a obrar culturalmente con cortes, sin proyectos bien delineados, gratuitamente, escogiendo lo insignificante del mundo, o sembrando hoy aquí y mañana allá.

Así pues, el cristiano que testimonia con su cultura, 'viniendo de Dios', siendo libre de sí mismo, obtiene el arte de convertir el material que el mundo le ofrece en el espacio de un encuentro luminoso. Y en sentido último, escatológico, ofrece todas sus obras culturales al trono vacío, 'hasta que Él vuelva'; discerniendo desde 'allí' si su cultura es o no atribuible al Salvador, si Él podrá hacerla propia, abrirla y leer en ella un sentido inaudito. ■

La casa del miedo

Liberación de la prostitución extrema

Fernando Vidal

Este libro trae a nuestras manos historias de naufragios personales que raramente salen a la luz, relatos de violencia y sufrimiento que padecen, a diario, las mujeres prostituidas.

En él se hace un recorrido analítico de las principales problemáticas transversales asociadas, a través de los casos reales de nueve mujeres que han compartido el relato de sus experiencias vitales tras haber padecido la lacra de la prostitución y el proxenetismo, que ya es considerada por muchos expertos como una forma más de esclavitud, en pleno s. XXI, de las que, por suerte, en algunos casos, emana un rayo de esperanza en la capacidad de superación humana.



La casa del miedo

Liberación de la prostitución extrema

Fernando Vidal

ISBN: 978-84-8468-896-9

Universidad Pontificia Comillas
2021

